

primera mano para revisar los modelos explicativos existentes.

Se trata en suma de un libro fresco, lleno de vida, que puede ser leído por los campesinos del Carare, los académicos o por cualquier ciudadano interesado en conocer una experiencia diferente. Una historia que nos recuerda lo grande que puede ser lo pequeño. Esperemos que su lectura divulgue la experiencia de estos campesinos colombianos.

Pedro Pérez Herrero

Revisión de la Guerra Civil*

Desafortunadamente, el cincuentenario del duelo más sangriento entre los españoles no ha dado lugar a la síntesis requerida por la magnitud del acontecimiento y su trascendencia en la historia nacional e internacional. Tampoco cabe afirmar que se entrojase la cosecha de monografías y trabajos menores que el desarrollo adquirido por los estudios acerca de la Edad Contemporánea en nuestro país experimentaron en los dos decenios precedentes hacía legítimamente esperar. Desde luego, fueron muchas

las aportaciones de este tipo; pero nunca satisficieron las esperanzas que, en cantidad y calidad, se albergaron en los años inmediatos a la «celebración» del medio siglo de la contienda en los medios más sensibles de la sociedad hispana, sobre todo en las capas que guardaban un recuerdo estremecido del drama. Como es obvio, ello no significa en manera alguna hacer injusticia ni sepultar en el olvido las numerosas aportaciones que en todos los terrenos de aquel aleccionador pasado se hicieron desde las principales tribunas académicas y editoriales. En particular, merecen destacarse las debidas a algunos de los miembros de las generaciones historiográficas más jóvenes que, con sus trabajos, ensancharon la comprensión del conflicto y, personalmente, cimentaron un prestigio científico acrecentado, en ciertos casos, después.

Ningún maleficio pesaba, naturalmente, sobre la reconstrucción de los jalones fundamentales de la contienda así como de su etiología y efectos. Aunque otros pueblos con niveles historiográficos superiores a los españoles no han logrado aún llevar a buen puerto un empeño semejante sobre episodios capitales de su reciente contemporaneidad —recuérdese, por vía de ilustración, lo lejos que aún andan los franceses de poseer una imagen veraz e inteligible de la «Liberación» o de lo que acaece en Alema-

* La Guerra de España 1936-1939 *E. Malekafis, ed., Madrid, Taurus, 1996, 679 pp.*

nia respecto al nacimiento y evolución del nazismo—, las circunstancias de la época y la roturación llevada a cabo en las décadas anteriores de los terrenos y temas que convergían en la fractura nacional de los años 30, semejaban propiciar una coyuntura muy favorable para acometer, con garantías de solvencia, una tarea sin duda difícil pero exigida por toda la comunidad española para afirmar las bases de su nueva y feliz convivencia democrática. En efecto, esta nueva situación favorecía, por la adultez que implicaba del espíritu cívico y de la tolerancia ideológica, la creación de un clima adecuado para que, *sine ira et cum studio*, los estudiosos se sumergiesen, absorbente y desapasionadamente, con voluntad y esfuerzo de entender y, sobre todo, de explicar todas las posiciones en la apasionante labor de poner en circulación la historia de la guerra civil de 1936 que desde todos los rincones de España se demandaba, sin que se reemplazase una leyenda por otra o una manipulación por la de signo opuesto.

Sin embargo, no sucedió así, al menos como tónica general. Una mínima autocrítica del gremio de los contemporaneístas —ejercicio siempre saludable— no puede por menos de conducir a un juicio negativo del talante con que una buena parte de los historiadores y ensayistas que afrontaron el reto lo hicieran desprovistos de apriorismos y unilateralidades. Incluso figuras relevantes participaron de esta atmósfera viciada.

El libro dirigido y compilado por Eduard Malefakis —reproducción de los artículos aparecidos en *El País* con motivo de los 50 años del inicio del conflicto— participa de todos estos caracteres. Muy desigual, refleja meridiana-mente los límites de la «celebración» a que acabamos de aludir. Así, por ejemplo, diversas facetas no se ven enriquecidas con estudios que superen a los ya conocidos. Empero, y por fortuna, una capital —la del número de víctimas y, singularmente, la cifra de los asesinatos a causa de la represión en una y otra zona—, tal vez la cuestión que más progresos ha alcanzado como consecuencia de los libros y artículos alumbrados en torno a los cincuenta años de la contienda, conoce mejor suerte en las páginas glosadas. En las investigaciones, metodología y guarismos se han afinado en comparación con los conocidos antes de que se cumpliera el medio siglo de la tragedia. En casi todas las regiones, el balance realizado puede estimarse como muy cercano a lo definitivo en punto a cifras; bien que, con todo, existan algunas provincias como la sevillana —«Sevilla la roja» al tiempo que símbolo y encarnación por antonomasia de la oligarquía señoril y latifundista— en la que el *approche* se encuentra aún lejos de ofrecer, cuantitativa y cualitativamente, un cuadro satisfactorio. Transitado con preferencia por la polémica, dada su extremada importancia y lo per-

durable de sus secuelas, este campo de la investigación ha probado, no obstante, con sus indiscutibles logros, los avances de que es capaz la historiografía hispana cuando está en posesión de una buena herramienta utilizada sagaz y tenazmente, con resultados a los que ni siquiera la parcialidad ideológica o el espíritu de controversia han conseguido lastrar.

Historiadores pertenecientes a las promociones más flamantes, penetrados de la trascendencia del capítulo que marca la piedra miliar del pasado reciente del pueblo español e imantados por los diversos factores y protagonistas de él, entenderán fácilmente el mensaje desprendido por la abortada conmemoración de 1986 y encaminarán sus afanes a no faltar nuevamente al compromiso que, individual y colectivamente, tienen contraído con su sociedad.

José Manuel Cuenca Toribio

Retrato de una «modelna» total

Una de las voces nuevas más interesantes de la reciente narrati-

va española es la de Gabriela Bustelo, cuya primera novela, *Veo Veo**, tiene un inconfundible aire rupturista. No se trata de una propuesta experimental ni de vanguardia, sino de un modo de hacer literatura que, ajeno a modelos conscientes, responde a una personal manera de comprender el mundo. Puesto que la protagonista ve la realidad como fragmentación, reiteración y absurdo, su relato será sincopado, repetitivo y enajenado. De ahí surgen los caracteres de toda la materia novelesca: personajes definidos desde fuera, guiados por una frenética actividad sin sentido; ambientes en apariencia variados, pero idénticos en su monotonía, y una acción gratuita porque no conduce a ninguna parte y no tiene otro fuste que la pesadilla.

El hilo conductor de *Veo Veo* gira en torno a las confesiones de una joven profesional muy independiente y neurótica: una «modelna total», por decirlo como ella. La chica, víctima de una trama conspiratoria, contrata a un detective privado para saber quién y por qué se la vigila. El enigma conoce cien enredos, el disparate sustituye a la lógica y la historia carece de resolución. Todo ello va a parar, si es que para en algún sitio, a una especie de tesis, no formulada como tal, que podríamos compendiar en la escueta reflexión que ella lanza al

* Gabriela Bustelo, *Veo Veo*, Barcelona, Anagrama, 1996, 178 p.

comienzo de su peripecia: «Qué vida ésta».

Tal vez no hay más pensamiento ni más enjundia que la de esta sentencia en la creativa sarta de situaciones que desfilan por la novela. Pero es en su misma banalidad e intrascendencia una síntesis filosófica que retrata un momento histórico acotado en una parcela de la realidad. Se trata de los *yuppies* de vida desenfadada e inconsciente que en esos años pasados de la movida madrileña hacen día de la noche, viajan por el alcohol y la coca, se entregan a la música y no se sabe muy bien lo que quieren, si algo quieren. Mientras tanto, tienen la sala de estar en locales famosos que la narradora recorre en una carrera loca que va de *Pachá* a *Archy*, de éste a *Joy* y así sin parar.

Destaca en Bustelo su capacidad para captar y reproducir esa experiencia generacional de un tiempo sin más ideología que un perentorio hedonismo. La autenticidad de ese reflejo viene no tanto de detalles concretos como de una postura entre distanciada, irónica y dolida. Si la obra trae tal mensaje, debe aclararse que no se formula como una tesis y que no hay ninguna argumentación seria o solemne. El sentido se produce a través de la levedad de la broma desenfadada, del disparate, del caos onírico y de la paranoia.

La deliberada falta de modelos literarios se sustituye por múltiples reflejos de actualidad: lo au-

diovisual impregna todo el relato y sus secuencias tienen clara inspiración fílmica. Pero, sobre todo, esta literatura que se quiere moderna posee una vieja raíz, la del costumbrismo. Un costumbrismo bastante conservador que se queda en sucesión de tipos y estampas y que da como resultado una visión muy estática del mundo. De ella no se extrae ningún valor ni ninguna propuesta de acción, a no ser un nihilismo acunado en el blando lecho del *comfort*. Debe destacarse lo muy bien facultada que está Bustelo para esa aprensión epidérmica de la realidad y la carga de sinsentido que logra recrear. Es un mérito de la joven narradora, pero más que éste impacta su prodigiosa cualificación para captar unas formas expresivas. Bustelo fotografía un tiempo y unas inquietudes gracias a una capacidad lingüística enorme para reproducir y casi inventar con alta creatividad el idiolecto de ese grupo social y para convertirlo en reflejo de una mentalidad.

El valor de *Veo Veo* hay que ceñirlo a un atractivo juego de muy amena lectura, a un empeño muy digno pero menor, entre otros motivos por su clamorosa precariedad argumental. Pero sí tiene un buen puñado de virtudes: gracia, frescura, impudor e inteligencia. Y, sobre todo, una habilidad verbal que convierte en arte la jerga de un grupo.

Santos Sanz Villanueva